

WILLIAM  
GIBSON

MIND

ESPEI

Cayce Pollard, cotizada cazadora de tendencias neoyorquina; su padre, antiguo agente de la CIA, desaparecido el 11-S. Lo único que la hace sentirse viva es el metraje: intensas escenas grabadas en vídeo y de origen desconocido que aparecen aleatoriamente colgadas en la red y han despertado auténtica pasión entre los internautas. Cuando el narcisista y ambicioso dueño de una agencia de publicidad encarga a Cayce descubrir quién se esconde detrás del metraje, ella se verá inmersa en una vertiginosa aventura que la llevará a los suburbios de Londres, Tokio y Rusia, arrastrada por una espiral de inesperados peligros, misterios y mentiras. Gibson nos ofrece una radiografía de nuestra sociedad de consumo y tecnológica y nos sumerge en un intrigante viaje por un mundo globalizado poblado por codiciosos agentes de *marketing*, *hackers*, mafiosos rusos, adictos a la red y espías. Un mundo espejo, en el que nos reconocemos y que sin embargo nos resulta suficientemente ajeno como para pensarlo y leerlo con verdadera fascinación.

A Jack

## 1

## La página web de la noche terrible

CINCO horas de *jet lag*, y Cayce Pollard se despierta en Camden Town para hacer frente a los terribles predadores de sus trastocados ritmos circadianos dando vueltas y más vueltas.

Es esa antihora apagada y espectral, anegada de mareas límbicas, en la que el tronco cerebral se agita caprichosamente, transmitiendo inadecuadas exigencias reptilianas de sexo, comida, sedación, todo lo anterior, y nada de lo cual es ahora una opción posible.

Ni siquiera la comida, porque la cocina nueva de Damien está tan desprovista de contenido comestible como sus escaparates de diseñador en Camden High Street. Muy hermosa: los armarios superiores revestidos de contrachapado amarillo canario, los inferiores de impoluto color manzana lacado. Muy limpios y casi totalmente vacíos, excepto por un envase de cartón que contiene dos pellas reseca de Weetabix y algunos paquetes sueltos de infusiones de hierbas. Nada en absoluto en la nevera alemana, tan nueva que su interior sólo huele a frío y a monómeros de cadena larga.

Ahora sabe, sin lugar a dudas, mientras oye el ruido constante que es Londres, que la teoría del *jet lag* de Damien es correcta: que su alma mortal se encuentra a leguas

detrás de ella y está siendo recogida por algún fantasmal cordón umbilical desde la estela desvanecida del avión que la ha traído aquí, a decenas de miles de metros por encima del Atlántico. Las almas no pueden moverse con tanta rapidez, se quedan rezagadas y hay que esperarlas, al llegar a destino, como maletas perdidas.

Se pregunta si es algo que empeora gradualmente con la edad: la hora innumerable más profunda, más nula; su percepción más extraña y menos interesante a la vez.

Embotada aquí en la semioscuridad, en el dormitorio de Damien, bajo una cosa plateada del color de los guantes de horno, que sus fabricantes probablemente no hayan destinado nunca a acoger el sueño de nadie. Se había sentido demasiado cansada para buscar una manta. Las sábanas que median entre su piel y el peso de ese cobertor industrial son sedosas, de algún hilo lujoso, y huelen débilmente a Damien, supone. Pero no mal. La verdad es que no es desagradable; cualquier vínculo físico con otro mamífero le parece un plus en ese momento.

Damien es un amigo.

Su Lego chico-chica no hace clic, como diría él.

Damien tiene treinta años, Cayce dos más, pero hay en él una zona de inmadurez cuidadosamente aislada, alguna cosa tímida y obstinada que asustaba a la gente con dinero. Ambos han demostrado ser muy buenos en lo que hacen, sin que ninguno de los dos parezca tener la menor idea de por qué.

Si buscas a Damien en Google encontrarás a un director de vídeos musicales y anuncios. Si buscas a Cayce en Google encontrarás a una «cazadora de tendencias», y si miras atentamente puede que veas que se insinúa que es una especie de «sensitiva», una zahori en el mundo del *marketing* global.

Aunque la verdad, como diría Damien, se acerca más a la alergia, una reacción mórbida y en ocasiones violenta a la semiótica del mercado.

Damien está ahora en Rusia, huyendo de las reformas y rodando presumiblemente un documental. Cayce sabe que cualquier leve rastro de calidez que pueda tener el apartamento es obra de un ayudante de producción.

Se vuelve boca arriba, renunciando a esa parodia sin sentido de sueño. Busca la ropa a tientas. Una pequeña camiseta negra de chico de Fruit Of The Loom, completamente encogida, un fino jersey gris de cuello de pico de los que compra de seis en seis a un proveedor de colegios privados de Nueva Inglaterra y un par nuevo de 501 negros de una talla desmesuradamente grande, con todas las etiquetas cuidadosamente eliminadas. Incluso los botones han sido pulidos hasta dejarlos lisos, sin ningún rasgo distintivo, por un desconcertado cerrajero coreano, en el Village, hace una semana.

El interruptor de la lámpara de pie italiana de Damien le parece ajeno: un clic distinto, diseñado para retener un voltaje distinto, la extraña electricidad británica.

De pie ahora, embutiéndose en los vaqueros, se estira, tiritando.

El mundo espejo. Los enchufes de los aparatos eléctricos son enormes, de tres clavijas, para una clase de corriente que en América sólo alimenta las sillas eléctricas. Los coches están del revés por dentro, la izquierda a la derecha; los auriculares de los teléfonos tienen un peso distinto, un equilibrio distinto; las portadas de las ediciones en rústica parecen dinero australiano.

Con las pupilas dolorosamente contraídas frente al halógeno brillante como el sol, se mira con ojos entrecerrados en un espejo de verdad, apoyado en ángulo contra una pared gris, esperando que lo cuelguen. Ve en él una marioneta desarticulada de piernas negras, con el pelo de recién levantada, erizado como una escobilla de váter. Le hace una mueca al reflejo, pensando por algún motivo en un novio que se empeñaba en compararla con un retrato de Helmut Newton de Jane Birkin desnuda.

En la cocina hace correr el agua del grifo por un filtro alemán y llena una pava eléctrica italiana. Enreda con los interruptores, uno en la cacerola, otro en el enchufe, otro en la toma de corriente. Inspecciona con mirada vacía la extensión color amarillo canario de armarios laminados mientras hierve el agua. Una bolsita de un sucedáneo de té importado de California en un gran tazón blanco. Echa el agua hirviendo.

En la habitación principal del apartamento descubre que el fiel Cubo de Damien está encendido, pero dormido, con el resplandor de mariposa nocturna de sus interruptores estáticos latiendo suavemente. Aquí se ve la ambivalencia de Damien hacia el diseño: no permitirá a un decorador pasar de la puerta a menos que acceda, básicamente, a no hacer precisamente lo que sabe hacer, pero se aferra a ese Mac porque puedes volverlo del revés y sacarle las tripas con un pequeño tirador mágico de aluminio. Como los genitales de una de las chicas robot de su vídeo, ahora que lo piensa.

Se acomoda en la silla de respaldo alto del terminal de trabajo de Damien y hace clic en el ratón transparente. Balbuceo de los infrarrojos sobre la madera pálida de la larga mesa de caballete. Aparece el navegador. Teclea Fetiche:Metraje:Foro, que Damien, decidido a evitar la contaminación, nunca agregará a favoritos.

Se abre la primera página, tan familiar como el salón de un amigo. Un fotograma del n.º 48 sirve de fondo, oscuro y casi monocromo, sin ningún personaje a la vista. Ésa es una de las secuencias que producen comparaciones con Tarkovsky. En realidad, ella sólo conoce a Tarkovsky por algunos fotogramas, aunque es cierto que una vez se quedó dormida durante la proyección de *Stalker*, hundiéndose en una panorámica interminable, con la cámara apuntando directamente hacia abajo, en primer plano, a un charco sobre un destrozado suelo de mosaico. Pero ella no está entre los que creen que puede llegarse muy lejos analizando las su-

puestas influencias del creador. El culto al metraje está plagado de sub-cultos que reivindicán cualquier influencia imaginable. Truffaut, Peckinpah... Los seguidores de Peckinpah, incluso los más moderados, siguen esperando que saquen las pistolas.

Entra ahora en el foro propiamente dicho, revisando automáticamente los títulos de los *posts* y los nombres de los remitentes en los temas más recientes, buscando amigos, enemigos, nuevos. Pero una cosa está clara: no ha aparecido metraje nuevo. Nada desde aquella panorámica de la playa, y no está de acuerdo con la teoría de que es Cannes en invierno. Los locos del metraje franceses no han sido capaces de cotejarlo, a pesar de las interminables horas pasadas grabando panorámicas en escenarios parecidos.

Ve también que su amigo Parkaboy ha vuelto a Chicago, de regreso de unas vacaciones en amtrak<sup>[1]</sup>, a California, pero cuando abre su *post* ve que sólo dice hola, literalmente.

Hace clic en «Responder», declara que es Cayce P.

*Hola Parkaboy. nt*<sup>[2]</sup>.

Cuando vuelve a la página del foro, su correo ha llegado.

Ahora es como una especie de segundo hogar. El foro se ha convertido en uno de los lugares más sólidos de su vida, como un café conocido que existe de alguna forma fuera de la geografía y más allá de los husos horarios.

Hay quizá veinte participantes habituales en F:M:F, y un número mucho mayor e incalculable de visitantes. Ahora mismo hay tres personas chateando, pero resulta imposible saber quiénes son exactamente hasta que entras ahí, así que ya no encuentra tan reconfortante la sala de chat. Es extraña hasta con amigos, como estar sentada en un sótano oscuro como boca de lobo hablando con la gente a unos cinco metros de distancia. La velocidad frenética y la brevedad de las frases en la conversación, además de la

sensación de que todo el mundo está hablando a la vez con propósitos enfrentados, la desaniman.

El Cubo suspira suavemente y hace ruidos subliminales con la unidad de disco, como un deportivo antiguo reduciendo la marcha en una autopista lejana. Prueba un sorbo del sucedáneo de té, pero todavía está demasiado caliente. Una luz gris e imprecisa empieza a inundar la habitación en la que está sentada, revelando la parafernalia de Damien que ha sobrevivido a la reciente remodelación.

Unos robots desmontados a medias están apoyados contra una pared; dos de ellos, torsos y cabezas, como elfos, son indudablemente maniquís para pruebas de accidentes. Se trata de unidades de efectos especiales de uno de los vídeos de Damien, y Cayce se pregunta por qué, con su estado de ánimo, los encuentra tan reconfortantes. Probablemente porque son verdaderamente hermosos, decide. Expresiones optimistas de lo femenino. A Damien no le va el *kitsch* de la ciencia ficción. Objetos de ensueño a la media luz del amanecer, con los pequeños pechos relucientes y el plástico blanco que brilla débilmente como mármol viejo. Pero son fetiches personales; ella sabe que los hizo vaciar de un molde del cuerpo de su última novia, hace ahora dos novias.

Hotmail descarga cuatro mensajes, ninguno de los cuales le apetece abrir. Su madre, tres correos basura. El alarador de penes sigue tras ella, dos veces, y «Aumente radicalmente el tamaño de su pecho».

Elimina el correo basura. Bebe un sorbo del sucedáneo de té. Contempla la luz gris que se va pareciendo más al día.

Finalmente entra en el cuarto de baño de Damien, recién renovado. Da la impresión de que podría ducharse allí antes de visitar un cohete esterilizado de la NASA o al salir de algún sitio como Chernóbil y ser despojada del traje de plomo por técnicos soviéticos con batas de hule, que después la restregarían con cepillos de mango largo. Los man-

dos de la ducha pueden regularse con los codos, para mantener la desinfección de las manos bien frotadas. Se saca el jersey y la camisa y, usando las manos, no los codos, abre la ducha y regula la temperatura.

Cuatro horas después está sobre un reformador en un gimnasio Pilates, en una callejuela de un barrio caro llamada Neal's Yard, mientras el coche y el chofer de Blue Ant esperan fuera, en como sea que se llame la calle. El reformador es un mueble muy largo, muy bajo, vagamente ominoso y que evoca la época de Weimar, cargado de muelles, sobre el que ahora se reclina, haciendo la uve contra la barra para los pies a un extremo. La plataforma acolchada en la que está tendida rueda adelante y atrás por unos carriles de hierro angular de la estructura, mientras los muelles se estiran y se comprimen vibrando suavemente. Diez de éstos, diez con los dedos de los pies, diez desde los talones... En Nueva York lo hace en un gimnasio frecuentado por profesionales de la danza, pero, aquí en Neal's Yard, parece ser la única cliente esta mañana. Da la impresión de que han abierto hace poco; quizás estas cosas todavía no sean demasiado populares aquí. Está toda esa ingestión de sustancias arcaicas del mundo espejo, piensa: la gente fuma y bebe como si le sentara bien, y parece estar pasando aún por una especie de luna de miel con la cocaína. Ha leído que la heroína aquí está más barata que nunca; el mercado sigue saturado por la descarga inicial de reservas opiáceas afganas.

Acabados los dedos de los pies, pasa a los talones, estirando el cuello para comprobar que los pies están correctamente alineados. Le gusta el método Pilates porque no es algo meditativo, tal como ella entiende el yoga. Aquí se debe mantener los ojos abiertos y prestar atención.

Esa concentración combate la ansiedad que siente ahora, los nervios antes de un trabajo, que hacía tiempo que

no notaba.

Está aquí por cuenta de Blue Ant. La agencia, relativamente pequeña en cuanto a personal fijo, de distribución global, más posgeográfica que multinacional, se ha presentado desde el primer momento como una forma de vida rastrera y de alta velocidad en una ecología publicitaria de torpes y pesados herbívoros. O quizá como una forma de vida no basada en el carbono, que hubiera brotado en su totalidad de la despejada e irónica frente de su fundador, Hubertus Bigend, un belga de nombre, que se parece a Tom Cruise a dieta de sangre de virgen y bombones de trufa.

Lo único de Bigend que le divierte a Cayce es que no parece tener la más mínima conciencia de que su nombre pueda parecer ridículo, jamás. De otro modo, lo encontraría todavía más insoportable.

Es algo totalmente personal, aunque a distancia.

Todavía haciendo talones, consulta el reloj de pulsera, un clon coreano de un Casio G-Shock de la vieja escuela, con la caja de plástico lijada con un trozo de microabrasivo japonés para borrar los logotipos. Tiene que estar en las oficinas de Blue Ant dentro de cincuenta minutos.

Cubre la barra reposapiés con un par de blandas almohadillas de gomaespuma verde, coloca cuidadosamente los pies en posición, los levanta sobre unos tacones de aguja invisibles y empieza sus diez ejercicios prensiles.

## 2

### Zorra

LAS CPU para la reunión, reflejadas en el escaparate de un especialista en parafernalia mod del Soho, son una camiseta limpia de Fruit, su MA-1 negra de Buzz Rickson's, una falda negra anónima de una tienda de segunda mano de Tulsa, las mallas negras que llevaba para el Pilates y zapatos de colegiala Harajuku negros. El análogo de bolso es un sobre de laminado negro de Alemania oriental, comprado en eBay: si no es auténtico material de la Stasi no debe de andar lejos.

Ve sus propios ojos grises, pálidos en el cristal, y más allá, camisas de Ben Sherman y cazadoras de aviador, con los gemelos con la forma de la insignia redonda que marcaba las alas de los Spitfire.

CPU. Unidades de Cayce Pollard<sup>[3]</sup>. Así es como llama Damien a la ropa que lleva. Las CPU son negras, blancas o grises, e idealmente parecen haber llegado a este mundo sin ninguna intervención humana.

Lo que la gente toma por minimalismo a ultranza es un efecto secundario de una exposición excesiva a las salas donde se crea la moda. La consecuencia ha sido una reducción implacable de lo que Cayce puede y quiere ponerse. Es literalmente alérgica a la moda. Sólo puede tolerar cosas que podrían haberse llevado a haber sido recibidas con una

falta de comentarios generalizada cualquier año entre 1945 y el 2000. Es una zona libre de diseño, una antiescuela de una sola mujer cuya misma austeridad amenaza periódicamente con generar su propio culto.

En torno a ella el ajeteo del Soho, un viernes por la mañana que se acerca a la hora de los almuerzos regados de alcohol y cuidadosas charlas en todos esos restaurantes. A uno de éstos, Charlie Don't Surf, irá después a una comida obligatoria postreunión. Pero se siente caer de nuevo hacia atrás en un hoyo de *jet lag* de kilómetros de longitud y sabe que es eso con lo que le toca surfear ahora: la falta de serotonina, la llegada retardada de su alma.

Consulta el reloj de pulsera y se acerca a Blue Ant, cuyo edificio era hasta hace poco el de una agencia más antigua, de un estilo más tradicional.

El cielo es un cuenco gris brillante, atravesado de estrellas enmarañadas y, mientras aprieta el botón para anunciarse en Blue Ant, piensa que debería haberse llevado las gafas de sol.

Sentada ahora frente a Bernard Stonestreet, al que conoce de la operación de Blue Ant en Nueva York, lo encuentra tan pálido y pecoso como siempre, el pelo color zanahoria peinado hacia arriba con un extraño adorno llameante a lo Aubrey Beardsley, que podría ser el resultado de haber dormido sobre él de esa manera, pero que más probablemente sea obra de algún peluquero exclusivo. Lleva lo que a Cayce le parece un traje de Paul Smith, más concretamente la chaqueta 118 y el pantalón 11T, cortado en tela negra. En Londres cultiva más bien el aspecto de llevar ropa por valor de muchos miles de libras, que parece no haberse puesto nunca sin haber dormido con ella. En Nueva York prefiere el aspecto de acabar de ser equipado prenda a prenda por un ejército de especialistas. Distintos parámetros culturales.

A su izquierda se sienta Dorotea Benedetti, con el pelo arrastrado hacia atrás desde la frente con una altanera intensidad de palurda, que Cayce sospecha que indica eficiencia y también problemas. Dorotea, a la que Cayce conoce de vista de pequeños asuntos anteriores en Nueva York, es algo de bastante categoría en la firma de diseño gráfico de Heinz & Pfaff. Ha llegado en avión esta mañana desde Frankfurt, para presentar la propuesta inicial de H&P para el nuevo logo de uno de los dos mayores fabricantes de calzado deportivo del mundo. Bigend ha destacado la necesidad de esta marca de reidentificarse de una manera profunda pero hasta ahora no especificada. Las ventas de zapatillas deportivas, «trainers» en el mundo espejo, están cayendo en picado, y las zapatillas de patinaje que ya han empezado a disputarles el terreno tampoco están haciendo millones. La propia Cayce ha estado siguiendo la pista a la presencia a nivel de calle de lo que llama para sus adentros calzado de «supervivencia urbana» y, aunque de momento no va más allá del nivel de reorientación del consumidor, no tiene ninguna duda de que la comercialización pronto seguirá a la identificación.

El nuevo logo va a ser el eje de la compañía para entrar en el nuevo siglo, y Cayce, con su alergia comercializable, ha sido llamada para hacer en persona lo que mejor se le da. Eso le parece extraño o, si no extraño, al menos arcaico. ¿Por qué no una teleconferencia? Supone que posiblemente hay tanto en juego que la seguridad es vital, pero hacía ya tiempo que el trabajo no la obligaba a salir de Nueva York.

Sea lo que sea, Dorotea parece tomarse el tema muy en serio. Tan en serio como el cáncer. En la mesa frente a ella, quizás un milímetro demasiado escrupulosamente alineado, hay un elegante sobre de cartón gris de cuarenta centímetros de lado, con el austero pero caprichoso logotipo de Heinz & Pfaff. Lleva uno de esos cierres caros y antiguos

consistentes en un cordel y dos pequeños botones de cartón.

Cayce aparta la vista de Dorotea y el sobre, observando que en algún momento se ha debido de derrochar una buena cantidad de libras de los años noventa en esta sala de reuniones del tercer piso, con paredes de madera curvadas convexamente, que hacen pensar en el salón de primera clase de un zepelín transatlántico. Se fija en unos anclajes fileteados expuestos sobre el pálido chapado de la pared convexa, donde se había exhibido el logotipo de la agencia que ocupaba antes este sitio, y las primeras señales de advertencia de la renovación de Blue Ant también son visibles: andamios levantados en un vestíbulo, donde han estado inspeccionando los conductos, y rollos de moqueta nueva apilados como troncos envueltos en plástico de un bosque de poliéster.

Puede que Dorotea esta mañana haya intentado superarla en minimalismo, concluye Cayce. Si es así, no le ha salido bien. Su vestido negro, a pesar de su aparente sencillez, aún intenta decir varias cosas a la vez, probablemente en tres idiomas como mínimo. Cayce ha colgado su Buzz Rickson's del respaldo de su silla y ahora pilla a Dorotea mirándola.

La Rickson's es una réplica fanática de categoría museística de una chaqueta de aviador americano MA-1, una prenda tan puramente funcional y simbólica como las que producía el siglo anterior. La lenta combustión de Dorotea se está acelerando, sospecha Cayce, al darse cuenta de que la MA-1 de Cayce supera cualquier tentativa de minimalismo; la Rickson's ha sido creada por japoneses obsesos impulsados por pasiones que no tienen absolutamente nada que ver con algo ni remotamente parecido a la moda.

Cayce sabe, por ejemplo, que las típicas costuras fruncidas a lo largo de los brazos originalmente fueron el resultado de coser con máquinas industriales de la preguerra, que se rebelaban contra ese tejido nuevo y resbaladizo, el nai-